

[Ecuador]

## SE DERRUMBA EL MITO DE LA ISLA DE PAZ

Ante los niveles de percepción de inseguridad que viven las principales ciudades de Ecuador, Guayaquil y Quito, la única solución que se avizora es que los medios de comunicación participen en los debates que realiza la sociedad civil. El primer paso ya se dio en Quito con el Observatorio de Seguridad Ciudadana.

Jorge Raúl Imbaquingo

*jimbaquingo@yahoo.com*

A los 18 años, Jorge prueba suerte en revista Estadio y colabora allí durante tres años. Luego trabajó en las sesiones deportivas de los diarios Últimas Noticias y Hoy. En 2002 es contratado por El Universo y, a un año de su entrada, fue escogido para iniciar la primera unidad de investigación de ese diario, donde ha realizado trabajos sobre corrupción, la caída bancaria y varios perfiles de profundidad. En el 2007 fue becario del programa Balboa e hizo una pasantía en el diario El Mundo de España. Realizó una relatoría de un curso de investigación periodística para Fundación Nuevo Periodismo Internacional.

Hace un poco de frío. Incluso en Guayaquil puede hacer frío. Al salir del bar miro cómo Bruno Carranza se deja abofetear por la brisa helada que viene del río Guayas, lo sigue Peter Aguirre, quien se protege con un saco que tiene capucha. Un taxi se estaciona frente a nosotros y trato de detenerlo. “¿Oye, estás loco?”, recrimina Bruno. “No hagas eso... dame un momento, ya llamo a Hugo”, dice mientras despacha al chofer que se ha quedado sin la carrera.

Mientras esperan a que llegue Hugo en su auto, un montón de taxistas ofrecen sus servicios. Pero Bruno no acepta. Prefiere aguantar el inusual frío que atrapa al puerto tropical de Guayaquil, hoy que es viernes y que estoy en esta ciudad que no he visitado desde hace nueve meses.

Hugo es un taxista que se ha hecho imprescindible en la vida de Bruno y sus amigos. Es capaz de recorrer la ciudad de un extremo a otro, cuando lo llaman a su celular, para recogerlos en la zona rosa y llevarlos a sus domicilios. Todos pagan el valor de la carrera completa, como si cada uno hubiese tomado un taxi por separado. Mi hotel está relativamente cerca, así que Hugo me pide un dólar por el servicio. Bruno, que es el que sigue, paga dos dólares. Creo haber oído que Peter, pagará cuatro más. En realidad es un valioso trato, buen dinero por un poco de seguridad.

Bruno explica que perdieron la confianza cuando un amigo, Carlos Proaño, tomó un taxi para que lo condujera a casa. A solo dos cuadras de haberlo recogido, el chofer sacó su teléfono celular y envió un mensaje SMS. No tuvo que pasar mucho tiempo para que dos carros interceptaran al taxi.

El taxista golpeó a Carlos y luego los cuatro hombres de los otros autos lo sacaron de asiento delantero a golpes. Le quitaron todas sus pertenencias y lo llevaron a un cajero automático cercano y le obligaron a sacar todo el dinero que podía con su tarjeta de débito. Después, lo introdujeron en la cajuela, lo volvieron a golpear y lo abandonaron en la vía Perimetral, donde ni los más avezados y rudos delincuentes se atreverían a pasar solos. Mucho menos Carlos.

La historia, en palabras de Bruno, suena espeluznante y su final es la fantasía de un Guayaquil más tranquilo. Quisiera que fuera como Quito, agrega. Pero los niveles de seguridad ciudadana en Quito ya no son los mismos del pasado, le digo que igual uno tiene que cuidarse mucho allá, como en cualquier ciudad del país.

¿Qué ha pasado en Ecuador?, un país que tenía supuestamente unos niveles de seguridad aceptables. Quizá todo era irreal. Daniel Pontón, catedrático de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (Flacso, sede Quito) analiza que para que se haya dado este fenómeno de percepciones influyeron varios mitos, como el que Ecuador es una “isla de paz”, difundido a la mitad de la década de 1980, cuando sus países limítrofes, Colombia y Perú, vivían sus propias dinámicas sociales de violencia esquematizada desde las guerrillas de izquierda, el sicariato y el narcotráfico.

Este estudioso del tema cree que este mito produjo un estancamiento de las instituciones estatales para atacar un problema con el que ahora conviven los ciudadanos, cuya manifestación más clara es un temor generalizado a ser víctimas de algún tipo de violencia.

Pontón asegura que en la actualidad, uno de los grandes debates en temas de seguridad ciudadana es la competitividad de las ciudades: marcar la pauta en cuanto a menores índices delictivos. A su parecer, la seguridad ha estado ligada a la violencia como tema cotidiano y la convierte un bienpreciado. Es ahí donde los gobiernos seccionales se vincularon de lleno a estos temas: en Guayaquil está el plan Más Seguridad de la Corporación para Seguridad Ciudadana, y en Quito La Corporación Metropolitana de Seguridad Ciudadana.

\*\*\*

Luego de relatarme la historia de cómo fue asaltado Carlos Proaño, no sé cómo decirle a Bruno que sólo un día antes Benjamín Chambers, un fotógrafo quiteño, me había contado lo que le había pasado. Tengo la impresión de que esto podía contradecir la percepción de Bruno de que Quito es una ciudad más segura que Guayaquil.

En Quito, Benjamín Chambers alquila un cuarto de una casa con varios departamentos en los que viven otras dos familias. Siempre ha buscado lugares en los que el arriendo sea barato. Esta casa está ubicada en San Isidro de El Inca, un suburbio del norte de Quito. Una noche encontró abierto el portón principal, y apenas pasó hacia adentro le cayeron a golpes.

Cuando lo llevaron a rastras, vio a sus vecinos amordazados, con sus ojos que mostraban una mezcla insólita de miedo y desconsuelo. Eran cerca de seis sujetos que se llevaron todo lo de valor. Un buen botín, en realidad. Finalmente, a Benjamín lo subieron en el baúl de un automóvil y fue abandonado en un lugar apartado de la ciudad.

La verdad, quisiera contarles a Bruno y a Peter la experiencia que vivió mi amigo Benjamín, en Quito. Pero tengo una especie de remordimiento, y no lo hago. El semáforo se pone en rojo y Hugo no se detiene. Es preferible pasar rápido –dice sin regresar a ver, por la maniobra arriesgada– porque podríamos caer en una emboscada.

Bruno, acostumbrado a este proceder, explica que a estas alturas toda la ciudad es insegura. Peter lo corrobora, pues para él no sólo la realidad se remite a lo que dicen en la televisión. Todos sus conocidos, compañeros de trabajo o familiares, tienen una historia que contar sobre la inseguridad en Guayaquil.

Me habría encantado decirles que, desde mi percepción de ciudadano común, en Quito las cosas no andan del todo bien. Y lo ratifico cuando veo las cifras, varios días después de nuestra conversación en el taxi.

El Observatorio de la Seguridad Ciudadana de Quito (Flacso) tiene estadísticas que, por ejemplo, demuestran que las de denuncias de homicidio no bajaron, sino que se mantienen en el período 2005-2006<sup>1</sup>. En 2005 hubo 233 de estos casos, y 235 en 2006. Mientras que en los delitos a la propiedad, las cifras entre 2003 y 2006 se duplicaron, de 800 casos denunciados a 1600.

De la misma forma, se ve que la tasa de homicidios en Guayaquil bajó en los últimos tres años: allá hubo 308 casos denunciados en el 2005, y 224 en el 2007. Mientras que en los delitos contra la propiedad en 2005 hubo 22.714 casos, y en 2007 llegó a 13.928.

Antonio Gagliardo, Ministro Distrital de la Fiscalía de Guayas, provincia a la que pertenece Guayaquil, aseguró que el promedio de denuncias presentadas hasta marzo de 2008 había superado con creces los casos denunciados en el 2007, que la última estadística mostraba 6.875 denuncias. La Subsecretaria Nacional de Seguridad Ciudadana, Valentina Ramia, ha atribuido este incremento a que los ciudadanos tienen más confianza en las autoridades para denunciar los hechos delictivos.

La sensación que queda es que las estadísticas son meras cifras frías, que dependen de que los ciudadanos denuncien si fueron víctimas de la delincuencia, por lo que no muestran la realidad y que todas las acciones de los organismos involucrados en seguridad ciudadana están basadas en datos irreales. Pasado un tiempo, les pregunto por teléfono a Benjamín Chambers y a Carlos Proaño si denunciaron sus casos y la respuesta fue negativa en los dos casos.

De la misma forma, queda la duda de hasta qué punto las estadísticas pueden ser utilizadas por los organismos y que, después de todo, la inseguridad tiene que ver mucho con la manera en que los ciudadanos de una determinada ciudad perciben su propia situación. En eso influye directamente el tratamiento que dan los medios de comunicación a estos casos y a la interpretación de las cifras, como lo afirma Myriam Garcés, la directora de la Corporación Metropolitana de Seguridad Ciudadana de Quito.

Garcés opina que los medios de comunicación influyen en la percepción de la inseguridad, y que muchos de los trabajos publicados no están planteados en análisis, sino en hechos aislados. Para ella, el hecho de que la televisión tenga una gran carga de violencia y sexo demuestra que los medios de comunicación exageran los ánimos, e incluso perfeccionan las diferentes formas de violencia.

Daniel Pontón plantea que uno de los problemas principales es que los medios de comunicación no se visualizan como actores dentro de los problemas de seguridad

<sup>1</sup> El acceso más fácil que tienen los quiteños para informarse de las estadísticas de denuncias de delitos contra las personas y a la propiedad es a través de los servicios de las páginas web de los entes de Seguridad Ciudadana. Sin embargo, la página web de la Corporación Metropolitana de Seguridad Ciudadana está fuera de servicio, mientras que el sitio web del Observatorio de Seguridad Ciudadana aún no publica los resultados de 2007.

ciudadana, y de ahí que no se producen contenidos más críticos que puedan orientar de mejor manera.

Jonathan Carrera es uno de los periodistas de crónica roja que más expectativa levanta con sus reportajes en Ecuador, ya que utiliza un discurso cargado de metáforas y símiles dentro de la narración de los sucesos. Él está seguro de que la crónica roja cumple una función social, ayuda al ciudadano a protegerse, ayuda a saber lo que sucede en una sociedad, y a poder determinar los hechos buenos y malos de ésta, porque –explica– el ser humano es capaz de las más grandes bajezas y de los más nobles actos de heroísmo.

Fernando Carrión, director del Departamento de Estudios de Ciudad de Flacso, sede Quito, cree que en la prensa en general hay un populismo mediático, que significa darle a la ciudadanía lo que ella pide, para asegurar la sintonía y la venta de periódicos. Entonces, más que informar, los medios de comunicación ofrecen lo que la gente demanda. “Y eso me parece que es terriblemente peligroso, porque la gente reclama una revancha social”, asegura.

Para Carrión, los medios de comunicación cubren más la violencia urbana que la seguridad ciudadana, porque con eso la noticia se hace más espectacular. Con el llamado efecto realidad, de que sólo existe lo que está presente en los medios de comunicación, lo que no está ahí no existe o es mentira. Así, los medios de comunicación crean paradigmas de delincuentes y delitos, y claros ejemplos de ello son la violencia juvenil o la situación de los presos en las cárceles.

El coordinador del Observatorio de Seguridad Ciudadana, Paco García, cree que involucrar a los medios de comunicación es la única solución. El Observatorio es un ente que aglutina a la Corporación (el organismo municipal que toma las medidas ejecutivas), y los estudiosos del tema, que son los académicos del Departamento de Estudios de la Ciudad de Flacso.

Por eso, desde hace dos años, se empezó a invitar a la prensa para que asistan a las reuniones que mantiene este observatorio. Allí se detallan cifras de seguridad ciudadana, se dan a conocer los trabajos de los catedráticos de Flacso y se abre el debate sobre estas políticas.

García explica que la atención a estas invitaciones ha sido escasa, pero que el primer paso está dado. La directora de la Corporación Ciudadana, Miryam Garcés, cree que la baja asistencia de periodistas se ha dado porque los medios han puesto como excusa el criterio de que no pueden ser juez ni parte de este problema.

Cuando a los medios se los trata como actores, se ponen en una posición muy incómoda, a criterio de Fernando Carrión. Explica que este fenómeno se da ya que los medios de comunicación dicen que deben mantener la distancia suficiente como para ser objetivos ante los hechos. Según esta visión, los medios plantean a la violencia como un enemigo interno, y al visualizarse como actores en cuestiones de seguridad

ciudadana se plantearía un conflicto ético. “Lo cierto es que en la seguridad ciudadana hay múltiples relaciones conjuntivas y no solo un enemigo”, agrega Carrión.

Aun así, la iniciativa de involucramiento toma forma. El editor de judiciales de El Comercio, Arturo Torres, confirma que ha asistido a varias de estas reuniones. La editora de Diario Hoy, Nancy Jarrín, también lo ha hecho y cree que son positivas porque se facilitan cifras confiables de los niveles de violencia. Con pesar, ella cree que muchas de las informaciones que se dan pueden crear una imagen negativa de las urbes como centros de violencia, pero al mismo tiempo si se elabora el material informativo con un análisis previo, el periodismo puede alertar a la ciudadanía para prevenir ciertas clases de delincuencia.

Margarita Neira, la editora de la sección de sucesos del diario El Universo, con sede en Guayaquil, confirma que no hay iniciativas del programa Más seguridad del Municipio de Guayaquil para involucrar a los medios de comunicación en el tema de la seguridad ciudadana. “La única ocasión en la que nos llaman es cuando sus programas dan resultados, como cuando rehabilitan a una pandilla juvenil”, explica.

Jonathan Carrera cree firmemente que este tipo de iniciativas sólo pretenden censurar la actividad periodística en los espacios para crónica roja. Afirma que es bueno tratar de censurar, hasta cierto punto, el tipo de imágenes que se transmiten, pero tampoco –alega– se puede negar la realidad de una sociedad en la que hay gente que antes caminaba tranquila por las calles y que ahora tiene miedo hasta de subir a un taxi o de abrir la puerta de su casa sin pensar en un asalto en una ciudad de la que fuera una “isla de paz”.